

la colonia y al vasallaje y de la que muchos miembros llegaron a prestar apoyo a los realistas contra la independencia. Por eso el elemento conservador lo miró siempre con recelo. Por lo menos en su aspecto de conspirador y de rebelde, no le entregó su complacencia.

No es un personaje de rango en la independencia. Está siempre en segundo término, en la agitación, en la efervescencia, en el capricho. Sentía a Carrera con la impetuosidad de un discípulo, y en cambio a San Martín y a O'Higgins, como los espíritus severos que estarían siempre dominándolo y conteniéndolo. La Independencia tuvo también sus intrigas y sus pasiones. No fué únicamente un drama en alto tono. Había la cosa pequeña, la venganza, el chismorreo, el fantasioso pelambrillo, tan del gusto chileno, como lo otro; los rencores, las fuerzas desencadenadas, en instintos, las luchas sordas entre lo más denso de la pelea. Así se forjó la albada de esta hora en ebullición. Con todos los gérmenes, que han subsistido a lo largo de su historia política y social, reviviendo o rebrotando, cada vez que las fracciones del rebelde popular se han encontrado con las huestes solemnes y cejijuntas del conservadurismo.

Astuto y agudo lo era Rodríguez, como nadie de entre aquellos personajes. Más que eso, psicólogo. Un observador que daba en el clavo. He aquí lo que decía a San Martín acerca de la dominación española:

«Cada caballero se considera único capaz de mandar; no quiero junta por no dividir el trono. Pero

lo célebre es que en medio de esta ansia tarasca se llevan con la boca abierta esperando del cielo el ángel de la unión...»

El libro de Latcham es una historia viva. Un tumulto de hombres. Costumbres y rasgos de la época están animados por un extraño dinamismo. Se mueven con existencia propia. Salen del documento, se desprenden de las secas páginas históricas o epistolares en que estaban atados y buscan la atmósfera que sin duda les fué familiar. Pero especialmente es un acierto como interpretación de la época, aunque no lo sea como estilo, puesto que a través de la biografía se ha hecho una náalisis psicológico de nuestra raza y se han trazado los primeros cuadros políticos y sociales, de la Independencia, con agudo sentido crítico.—*Domingo Melfi.*

EL SENTIDO DE LA CULTURA ESPAÑOLA (Ensayos), por *Federico de Onís.*

Don Federico de Onís, autor de un ensayo titulado *Disciplina y rebeldía* y de varios capítulos acerca de los escritores españoles contemporáneos, acaba de dar a luz de publicidad un nuevo libro de ensayos, editado por la Residencia de Estudiantes de Madrid. La obra oral y escrita de Federico de Onís es bien conocida de todos los que nos ocupamos en explicar la cultura hispánica en los Estados Unidos. Por diez y seis años este profesor salmantino se ha dedicado a propagar nuestros valores culturales desde

su cátedra de la Universidad de Columbia, en conferencias por todo el país, México, Puerto Rico, en textos de uso universitario y en medulosos artículos en revistas eruditas. Los intelectuales hispanoamericanos debemos estar profundamente agradecidos al señor de Onís, por su amplio concepto de cultura hispánica que le ha hecho interesarse en nuestra literatura y darla a conocer a los estudiantes norteamericanos en forma dignísima. En efecto, en Oxford ha dictado cursos sobre Rubén Darío, en Columbia sobre literatura gauchesca y en varias ocasiones ha dado conferencias sobre nuestros escritores, Gabriela Mistral, J. F. Rivera, Díaz Rodríguez, Arévalo Martínez, etc. Mientras que nuestros nombres de letras conocen a fondo la literatura española, pocos son los peninsulares que se interesan por la nuestra y por este motivo escritores como Unamuno, Diez Canedo, Azorín y Federico de Onís deberían comprometer nuestra gratitud para siempre.

Ha recogido Onís en este libro de ensayos varios discursos pronunciados entre 1912 y 1929. Variadísimo —y contradictorio a veces— es el panorama ideológico que podemos abarcar entre estos años. Sin embargo, todos los rayos de su pensamiento convergen en el mismo punto: la explicación de la grandeza espiritual de España, de la gran España, hoy extendida por tierra de América. El mismo nos expone su plan de trabajo:

Forman este tomo varios trabajos que, aunque de diferente tema,

tienen de común el referirse a España y a la significación de su cultura. Unos examinan facetas de la realidad española en el pasado; otros, en el presente y porvenir; pero es común a todos ellos el que pasado, presente y porvenir tratan de unirse en la misma interpretación. Se busca, por lo tanto, en ellos el valor permanente de España, y para definirlos se confronta con el de otras culturas nacionales o con lo que llamamos cultura europea o unidad abstracta de la civilización moderna occidental.

El primer ensayo, *El Problema de la Universidad española*, discurso leído en la apertura del curso de la Universidad de Oviedo, en 1912, es el trabajo de más aliento del presente volumen. Hace en él el bosquejo histórico de las universidades de Salamanca y Alcalá, su grandeza en la Edad Media y el Renacimiento, respectivamente, y la decadencia en los tiempos modernos. La actitud de la España católica frente a Europa, frente al Renacimiento, es uno de los problemas determinantes de las diferencias culturales de este país y creemos que el profesor de Columbia ha hecho un análisis luminoso e imparcial de ella. Severas palabras salen de sus labios, al referirse a la organización universitaria actual, al estado de ánimo del joven español «huérfano que tiene que gastar sus energías prematuramente para abrirse un camino entre las asperezas de la vida, sin ayuda de nadie y llevando cuestras la carga de la madre viuda y los hermanitos débiles». Y en verdad, lo que afligía entonces a las universidades españolas sigue afl

giéndolas todavía, a pesar de la Junta para Ampliación de Estudios, cuya noble labor naufraga en la indiferencia general.

Mi manera de entender estas cosas coincide exactamente con la del señor de Onís. Para mí, como para él, la Universidad fué un gran dolor, el dolor de comprender nuestra miseria, nuestra pobreza, el desaliento de nuestros conductores espirituales. Desorientados, perdidos, entre concepciones antiguas y modernas, los profesores de España y de América golpean su frente contra el muro de lo imposible. El concepto de Universidad no existe en América. Los estudiantes sacrifican cuatro a seis años de su vida para aprender un oficio, en el cual no figura para nada el interés científico desinteresado. Si no fuera por el diploma que autoriza a nuestros médicos a dar puñaladas a sus enfermos haciéndose pagar; a nuestros dentistas a limarles los dientes a sus clientes sin ser castigados por éstos; a nuestros abogados a robar en forma autorizada; a nuestros profesores a repetir, como loros lo que aprendieron de otros loros como ellos, nadie pasaría jamás por esos claustros. Cuando el doctor de Onís dice: donde falta cultura original no puede haber universidad en su riguroso sentido, nos revela la verdad de nuestra pobreza. Si la universidad es la orientadora de la tradición cultural, la centralizadora de la vida científica de un país, la fomentadora de la difusión de las energías espirituales de los pueblos, nosotros no podemos tener universidades. A, porque no tenemos una

tradición cultural sino que vivimos fuera del círculo racial que nos señala nuestro origen; B, porque en nuestros países no existe la vida científica; C, porque nuestras energías espirituales, en sus manifestaciones primitivas y anárquicas, no pueden ser encauzadas ni fomentadas. ¿Qué es entonces la universidad hispanoamericana? La respuesta es lógica y precisa; un establecimiento creado porque existía en los pueblos europeos, de carácter profesional, al cual asisten los jóvenes que desean ganarse la vida en forma fácil y holgada. Debido a la carencia de interés científico especial, la mentalidad universitaria hispanoamericana se manifiesta en una gárrula actividad política, en un radicalismo de manifestaciones y discursos, en una tendencia absurda hacia la oratoria y el periodismo y en una curiosa aptitud para negar los hechos aceptados por la ciencia moderna.

El capítulo que dedica Onís al Estudio del español en los Estados Unidos debería ser leído muy especialmente por todo hispanoamericano de cultura. Ha observado Onís dos clases de españoles en contacto con Yanquilandia: los recalcitrantes y los débiles. Los primeros son los inadaptables, los que odian lo que no sea español; los segundos los faltos de vida interior, que se dejan seducir por las grandezas aparentes de lo extranjero. Certera observación. Yo también he vivido cerca de esta gente. Hay aquí hispanoamericanos que miran a los yanquis como verdaderos salvajes y que en diez años de estancia en este país

no aprenden el inglés; hay otros, por el contrario, que creen que las Asociaciones de jóvenes cristianos son la cúspide de la cultura; que los rascacielos forman el ideal arquitectónico de hoy; que el jazz es música; que la ley seca es un éxito moral; que el mascar chicle es elegante. Los primeros no quieren ver; son ciegos voluntarios; viajeros inútiles. Los segundos son simplemente imbéciles.

Habla el profesor de Onís en este ensayo de los pocos españoles que han pasado por este país dando honra a la patria: Sorolla, Zuloaga, Casals, Granados, Mardones, la Barrientos, la Bori, Benavente, Baroja, Unamuno, Blasco Ibáñez, el Dr. López Suárez, el Dr. García Banús, el profesor Nonidez. En estos últimos años yo agregaría otros nombres: Fernando de los Ríos, Madariaga, de Falla, Iturbe, la Argentina, Diego Rivera, Orozco. Habla también del movimiento hispanista, de la legión de profesores que se dedican a enseñar nuestra literatura y nuestra lengua; de la Sociedad Hispánica; de las cordiales relaciones con Hispanoamérica; etc. En todas estas páginas se observa un espíritu de tolerancia y de franqueza admirable. Admirable de claridad y de casticismo es el capítulo que Onís dedica al Concepto de Renacimiento, aplicado a la literatura española. En el ensayo titulado Waldo Frank y la cultura española, después de estudiar la labor hispanista de este escritor, dice Onís: «Todos los norteamericanos interesados en Hispanoamérica—y debían serlo todos—deben saber que el via-

je de Waldo Frank a Hispanoamérica ha tenido más repercusión allá que el de ninguno de los grandes intelectuales de todo el mundo que han visitado esos países». Lástima grande que Waldo Frank sea más conocido en los países de habla española que en los Estados Unidos y que sólo muy contados sean los norteamericanos que se hayan dado cuenta de sus viajes por nuestros países. Para sincerarme debo declarar que yo no comparto la admiración de Onís y la mayoría de los intelectuales nuestros por la labor de Waldo Frank.

En su capítulo último Onís interpreta el Baile de la *Argentina*. Otra vez va al corazón de España, basándose en leyes nacionales de ritmo y gracia: «Individualidad, libertad, impulso hacia arriba, gestos inesperados y contradictorios, dramatismo y ternura, gracia y violencia, todo sujeto a un ritmo interno al que siempre se vuelve como en las libérrimas canciones españolas, constituyen el alma de España, que vemos encarnada en la *Argentina* cuando baila». Certera interpretación de carácter nacionalista es ésta. El arte de la *Argentina* es un arte típicamente español, popular español, espontáneo y romántico, que no tiene las aspiraciones trascendentales, nunca bien logradas, del arte contemporáneo de Yvonne Georgi, de Kreutzberg y de Mary Wigman.

Recomendamos el libro presente a los profesores españoles e hispanoamericanos y en especial a los que hayan vivido, o vivan, en los Estados Unidos. El estilo de Onís es

claro, directo, tiene seriedad de cátedra; carece de figuras retóricas. Su propósito es tan noble que a veces abandona su imparcialidad para ir a lo castizo; su amor por lo español tan profundo que a veces se apasiona y llega a conclusiones, a primera vista caprichosas. Por esto nos es profundamente simpático, como hombre, como español, como escritor. Y nos proponemos algún día en que podemos gozar del reposo necesario ir al fondo de lo típicamente español a través del espíritu duro y tierno, áspero y fino, joven y escéptico, amable y combativo, contradictorio siempre, de nuestro querido maestro Federico de Onís.—
Arturo Torres Rioseco.

University of California.

DARÍO EN LAS MANOS DE RIOSECO,

La nutrida y nunca suficiente bibliografía sobre el tránsito y obra de Rubén Darío se ve acrecida con «*Clasicismo y Americanismo en la obra de Rubén Darío. Estudio precedido de la biografía del poeta*», por nuestro antiguo conocido Arturo Torres Rioseco, catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, en Berkeley. Los publica *Harvard University Press*, Cambridge, Mass.

La introducción, que es una de las partes en que, a pesar de su brevedad certera, Rioseco calentó sus hornos intelectuales hasta los términos del ardor—el libro en lo general está escrito con frialdad que no excluye erudición,—nos dice

que el nombre de Darío «brilla en el horizonte de nuestra vida literaria, muy por encima de escuelas y tendencias. Fué romántico por su independencia artística, por su entusiasmo y su fervor, por el culto supremo de su yo; fué clásico por la pureza de su dicción, por sus altos ideales, por la armonía total de su obra y por su serenidad; y fué modernista porque trajo nuevos temblores de sensibilidad a nuestra poesía, porque abrió nuevos caminos y porque antepuso su afán de renovación a todo deseo de triunfo fácil e inmediato». Conforme a este breve análisis, Darío se nos muestra como hombre-síntesis. Justo. Sólo que, cuando líneas adelante Rioseco afirma que «los poetas de hoy, afiliados a escuelas modernas y futuristas, han negado a casi todos los maestros del Modernismo, pero observan una respetuosa admiración por el autor de *Prosas Profanas*, entonces nos parece que Torres-Rioseco se equivoca, pues así como ya se va estimando de dudoso gusto por algunos aludir a Queiroz y a France, con Darío comienza a pasar lo mismo. Lo niegan los hijos de su sangre. Se hace notar, en la misma introducción que glosamos, que Darío fué un poeta originalísimo, que poseyó en alto grado el poder de asimilación. Esta característica debió ampliarse en el capítulo sobre su americanismo, reforzando con esa peculiaridad—que es tan frecuente en los escritores continentales—el acertado diagnóstico. Ya Francisco Contreras en su *Rubén Darío*, refiriéndose a la labor poética de éste, an-